

LA CARCAJADA.

PARODIA DEL DRAMA DE ESTE TITULO,

por D. Luis Mejias y Escassy, *estrenado con mucho aplauso en el Teatro del Balon de Cádiz, el dia* 10 *de Febrero de* 1865.

PERSONAJES.	ACTORES.
D. Sisebuto	D. José Caballero.
El tio Pepe	D. José Carrasco.
Primitivo	D. Eduardo Guerrero.
Zanganelly	D. José Rosas.
Un Albéitar	D. Ramon Aragon.
Anacleta	Doña María Cáceres.
Vecinos.	

La escena pasa en Cádiz, año de 1865.

Interior de una taberna, mostrador y aparador con botellas y vasos á la izquierda: mesas y bancos por la escena.

ESCENA PRIMERA.

El tio Pepe y Anacleta.

Pepe. Vamos, muchacha, vé arreglando esos bártulos... Vamos, en qué te paras? Qué desgracia es tener una hija!

Ana. Qué cansada estoy de esta vida!

Pepe. Cansada, ya te entiendo. Tú preferirias otra mejor.

Ana. Pues ya se vé.

Pepe. Y por qué no aceptas las proposiciones del vecino de enfrente? Un partido ventajoso!

Ana. Sí, ya escampa. Un italiano, ó francés, ó qué sé yo! Un fabricante de fideos al por menor, que solicita mi mano, porque todas las muchachas del barrio le desprecian.

Pepe. Lo que es no entenderlo! Un hombre de porvenir, de negocio. Tú preferirás mejor al hijo de la señora Colasa, porque es bonito, y gasta el calzon con trabillas, y se pone pomadilla en el pelo; pero que en cambio no tiene otro patrimonio que un jornal de cinco ó seis reales, que se gana con las agujas. Un medio oficial de sastre! Bonito por venir!

Ana. Qué, no señor...

Pepe. Nada, es preciso que reflexiones. El señor Zanganelli es un hombre honrado. Además, ya sabes que tiene entablado un pleito contra mí, como propietario de esta casa, con el fin que la desaloje, so pretesto de que trata de establecer en ella su fábrica de fideos; y gracias, gracias á la travesura curialesca de mi jóven amigo Don Sisebuto Tragabuches, á esta hora no nos encontramos en la calle. Estoy seguro de que si tú le correspondieras, haríamos todos un buen negocio, y yo no tendria que cargar con estos trastos viejos, y marchar con la música á otra parte. Vamos, qué dices á esto?

Ana. Que nunca daré mi mano á ese hombre.

Pepe. Muchacha, tú quieres acabar con mi paciencia?

Ana. No señor; lo que no quiero es, casarme con un viejo estantigua, y que por apéndice no habla como hablan los cristianos.

Pepe. Anacleta, tú caminas mal, y al fin tendré que hacer valer mi autoridad paterna para persuadirte. Mira, mira, hace un momento acaba de traerme esta papeleta el alguacil para que me persone en el juzgado. Esto es efecto del desaire que le hiciste ayer al señor Zanganelli, no queriéndole recibir el presente que te hacia.

Ana. Sí, vaya un presente! Un paquete de macarrones!

Pepe. Hija, cada uno dá lo que tiene; vaya para el que no dá, y por el contrario trata de llevarse. Y, á propósito de esta citacion del juez: sabes qué se me ha ocurrido? Que seria preciso avisar á D. Sisebuto para que me dijera qué es lo que esto significa, y cuál es la marcha que debo seguir. Dónde diablos andará ese muchacho? Hace dos dias que no le hemos visto por aquí, y es estraño, porque antes no dejaba la ida por la venida, y al fin, mientras dura este negocio... Oye: y sabes que

me parece que Don Sisebuto te mira mucho!...

ANA. Ay!

PEPE. Que es eso? Suspiras?

ANA. No, no señor; ha sido casual.

PEPE. Ah! Nada; es forzoso avisarle. Hoy tengo que ir al Juzgado, y sin verle antes...

ANA. Quiere usted que yo?...

PEPE. Sí; me parece bien que veas á su madre y le des el aviso. Anda, acaba de colocar esos bancos, y marcha á avisar á Don Sisebuto. Yo vuelvo al momento.

ESCENA II.

ANACLETA *sola*.

ANA. Y tiene razon mi padre; por él suspiro. Hace dos dias que no le veo. Y el caso es, que él no me ha dicho todavía que me ama, pero yo se lo he conocido. Me mira de un modo... Dá unos suspiros.. Qué amable es, y sobre todo, qué caballero! Digo, viste de frac! Es tan lisonjero verse una amada por un joven que viste de frac! Y luego maneja tan bien la pluma! Habla de leyes, de justicia, de unas cosas... No; y tiene talento... Habla mucho... Cuánto mejor que ese estafermo de italiano, y mas aceptable que ese mequetrefe de oficial de sastre... Tan romántico! Tan afeminado! Vaya! Un sastre! No, eso sí; tambien gasta levita... pero levita no es frac... Ah! Ya está aquí; qué fastidio!

ESCENA III.

ANACLETA y PRIMITIVO.

PRI. (Está sola.)

ANA. (Qué vendrá á buscar?)

PRI. Ah! perdone usted; creí que estaba su papá...

ANA. No debe tardar mucho en salir.

PRI. Entonces, me esperaré. Digo, si usted...

ANA. Me es indiferente.

PRI. (Ingrata!) Con su permiso de usted. (*se sienta.*)

ANA. (Y se sienta! Esto vá despacio.)

PRI. Ay!

ANA. Y suspira!

PRI. Sí, ingrata! Suspiro por usted. Por usted, que me desdeña cuando tanto la quiero.

ANA. Ya le he dicho á usted que se deje de majaderías.

PRI. Pérfida!

ANA. No hay pérfida que valga. Hace mucho tiempo que me incomoda.

PRI. Lo sé, lo sé; sé que usted me desprecia porque ama á otro. Pues bien, ese otro, no tendrá para sí la dicha que yo ambiciono, y que usted me niega. Sí, Anacleta; estoy decidido á estorbar ese amor, y si he venido hoy, ha sido á pedir á su padre de usted...

ANA. A pedirle mi mano?

PRI. Sí. (A tomarle medida de una chaqueta.)

ANA. Se cansará usted en vano. Mi padre quiere casarme con el señor Zanganelli, ese almacenista de fideos que vive ahí enfrente.

PRI. Su padre de usted! Ah traidor! A mí me va á dar algo... Agua, agua. (*fingiéndo desmayo.*)

ANA. Pues estamos bien!

PRI. Sí, agua, agua para un volcan; es decir, para apagar la hoguera que arde en mi pecho, y que ha incendiado el combustible que despiden los ojos de usted.

ANA. Cállese usted, no grite. Si entrára alguien! Si le escucháran!...

PRI. Si me escucháran! Y bien? Verian que muero asesinado. Verian que es usted una mujer criminal, porque usted, usted es señora, la que me asesina, la que ha taladrado este pecho berroqueño con un emponzoñado dardo. Si, y le formarán á usted causa, y será sentenciada y castigada...

ANA. Qué está usted diciendo?

PRI. Sí, Anacleta; gritaré con todos los pulmones que Dios me ha dado; gritaré, porque mi amor me dá brios, porque estoy frenético, porque usted, que es mi vida, me niega la vida; porque usted que es mi luz, me niega la luz. Estoy ciego.

ANA. Ciego! Ave María Purísima!

PRI. Sé que tengo un rival.

ANA. Un rival!

PRI. Un rival, si señora; mejor dicho, un glóbulo homeopático de rival; porque el hombre que usted prefiere á mí, á mí, á todo un oficial de sastre, es un glóbulo homeopático de hombre; es un espectro, taladrado por las vigilias; en fin, señora, ese hombre, si come, lo disimula mucho.

ANA. Pero no grite usted.

PRI. No he de gritar? (A ver si así consigo...) Yo voy ahora mismo á buscar á mi rival. Y le encontraré, y cuando le tenga frente, á frente, le diré: «yo amo á Anacleta; yo amo á la hija del tio Pepe; á la hechicera, retrechera y zandunguera tabernera de la calle...—la calle importa poco;—la amo, y no consentiré que la ame otro.» El no podrá oponerse á mis reflexiones; porque mis reflexiones serán tanto mas lógicas, cuanto lógica es su hambre, y el hombre que tiene hambre, desmaya. Y si me responde, si poseido de la ventaja que usted le dá con su preferencia, quiere cacarear, me alza el gallo... entonces... oh! entonces...

ANA. Qué hará usted?

PRI. No lo he pensado todavía.

ESCENA IV.

Los mismos y EL TIO PEPE.

PEPE. Qué gritos son estos? Qué escándalo!

ANA. (Por Dios, que no se entere mi padre.) (*á Primitivo.*)

PRI. (Una palabra!) (*amenazándola.*)

PEPE. Qué es lo que pasa aquí? Responde, niña.

PRI. (Una palabra!) (*como anteriormente.*)

PEPE. Vamos, responde.

PRI. (Una palabra!) (*idem.*)

ANA. Es... que... (*al tio Pepe.*) Bueno... yo... veremos...) (*á Primitivo balbuceando.*)

PRI. (Oh! rayo de esperanza! Me contengo.) No, si no es nada... El maestro, que me manda para tomar á usted medida de una chaqueta... y la señorita Anacleta me decia... que ahora estaba usted ocupado...

PEPE. Y á propósito de chaqueta; podrá estar para hoy?

PRI. Hombre, si todavía no le he tomado á usted medida!

PEPE. Toma, pues para qué sirven los ferro-carriles y el telégrafo?

PRI. Tiene usted razon; pero...

PEPE. Bien. Niña, anda á avisar á nuestro amigo Don...

ANA. Sí, ya voy. (*vase*).

ESCENA V.

Primirivo y El Tio Pepe.

Pepe. Vamos, despache usted.
Pri. Ay! Tio Pepe!
Pepe. Demonio! Le duele á usted algo?
Pri. Ay! tio Pepe!
Pepe. Vamos, hombre.
Pri. Ay! tio Pepe!
Pepe. Canario! Quiere usted dejarse de suspiros y tomarme la medida?
Pri. Tio Pepe, tio Pepe!
Pepe. Este hombre está loco!
Pri. Tiene usted razon; estoy loco.
Pepe. Pues hijo, mi casa no es hospicio, conque...
Pri. Tio Pepe, yo amo...
Pepe. Buen provecho.
Pri. Y á usted...
Pepe. A mí? Diablos!
Pri. Y á usted está reservado el decidir de mi suerte.
Pepe. Hombre, volvemos al tema!.. Ya le he dicho á usted que mi hija...
Pri. Su hija de usted... buena pieza es su hija de usted...
Pepe Hombre, usted quiere que yo...
Pri. No señor, yo no quiero, que usted... yo á quien quiero es á su hija de usted...
Pepe. Se conoce; y dice usted que es buena pieza! Caballerito, esa palabra...
Pri. Suena mal, lo sé.
Pepe. Es preciso que usted se esplique.
Pri. Allá vá. Sale usted al campo...
Pepe. No pienso en semejante cosa.
Pri. Es un suponer.
Pepe. Adelante.
Pri. Ve usted una liebre...
Pepe. Yo no veo nada.
Pri. Es otro suponer.
Pepe. Bueno.
Pri. Se echa usted la escopeta á la cara, apunta usted, dispara, prum...
Pepe. Pero hombre, á qué viene todo eso?
Pri. Corre usted al sitio... Ha matado usted la liebre; la liebre es hermosa; qué quiere decir hermosa?
Pepe. Pero todo eso...
Pri. Allá voy. Entonces dice usted admirado de ver tan hermoso animal: «Qué buena pieza!» Pues bien, su hija de usted es la liebre...
Pepe. Y usted quiere ser el cazador? (Pues no te dará en el pico.)
Pri. Ay! tio Pepe!
Pepe. Volvemos á los suspiros?
Pri. Yo estoy enamorado.
Pepe. Ya me lo ha dicho usted.
Pri. Y tengo que hablar con usted de mi pasion.
Pepe. Lo que tiene usted que hacer, es tomarme medida de la chaqueta. Pero calla, este es otro.

ESCENA VI.

Los mismos y Zanganelli.

Zan. Oh¡ Bon dia, il mio caro vecinino.
Pri. (Uno de mis rivales.)
Pepe. Buenos dias. (Si me vendrá á proponer transaccion.)
Zan. E yo venia...
Pepe. Usted es dueño de venir cuando guste. Esta es su casa.
Zan. Oh! no: pardon. La mia casa! E osté haberá rechivido...
Pepe. Una citacion para ante el Juez? Sí señor.
Zan. Bah! E osté no acudirá? E osté me dará in matrimoño á la sua figlia, é tutos quedaremos en paz?
Pepe. Le diré á usted...
Zan. E osté no me la darrá? Per Dio! E que yo... Que il mio furor é grande, é que yo le echarré de la mia casa.
Pepe. Amiguito, usted puede hacer lo que se le antoje. La niña ha dicho redondamente que no le quiere á usted, que le apesta usted á macarrones averiados. Y ya que me ponen ustedes en este aprieto, váyanse los dos de mi casa, que ya estoy harto de escuchar y sufrir tanta majadería.
Pri. Tio Pepe!
Zan. Demoño! Perro osté... (*á Primitivo.*)
Pri. Sí señor, yo tambien la amo.
Pepe. Sí señores, clarito. Yo casaré á mi hija, con quien ella escoja para marido. Y ya ni quiero que usted me tome medida de la chaqueta, ni que usted me deje habitar su casa; seguiremos el pleito hasta arruinarnos; he dicho, y buenas noches. (*vase.*)

ESCENA VII.

Primitivo y Zanganelli.

Pri. Usted lo ha oido?
Zan. Osté las cuchato! Mi le harrá temblar.
Pri. Le haremos temblar.
Zan. Mi le echarrá de la mia casa.
Pri. Y hará usted bien; pero ahora nos iremos antes que él nos eche á nosotros. Creo que viene alguien.
Zan. Per mi nombre!.. (*vanse.*)

ESCENA VIII.

Don Sisebuto.

Nada; entro por la cocina por ver si al pasar atrapo con qué dar un poco de espansion á mi desocupado estómago... y... nada... Dos dias sin comer! Yo, Sisebuto Tragabuches, letrado jurisconsulto anónimo, vulgo pica-pleitos, doctor en la ciencia de engañar al prójimo, oidor de una numerosa clientela, que cuando paga lo hace en monedas de cobre; hombre-bueno alquilon, por lo que cae, procurador *in nómine*, porque la único que procuro es buscarme una peseta; visitador de los oficios públicos, etc, etc. Y sin haber comido en dos dias! Enamorado de Anacleta, y teniendo el estómago ahito. Y sin embargo, esta muchacha, puede hacerme feliz. Feliz! Quién puede ser feliz sin haber comido? La masticacion de la felicidad, solo se mueve á impulsos de un pedazo de jamon. Yo quiero jamon. Si al menos el tio Pepe adivinando la escualidez de mi petaca alimenticia, me convidára á almorzar? Eso seria otra cosa. Esto me daria fuerzas para trabajar! Trabajar! Dónde? Un curial de mi catadura no tiene cábida en ninguna parte. Los hombres no saben apreciar el talento. El mundo es ingrato, y te niega su pan. Mundo, yo te desprecio! (*cae desvanecido.*)

ESCENA IX.

Dicho y Anacleta.

Ana. He venido corriendo; pero no he podido encon-

trar á Don Sisebuto. Su madre me ha dicho que hace dos dias que salió de su casa, y aun no ha parecido. Calle! Qué veo! Pues si está aquí! Pobrecillo! Duerme. Es claro. Sabe Dios lo que habrá sido de él en estos dos dias. Parece que se mueve. Sí. Don Sisebuto!

D. Sis. Quién me llama? (*volviendo en sí.*)

Ana. Soy yo, Anacleta.

D. Sis. Ay! Anacleta de mi vida!

Ana. Qué tiene usted? Estaba usted durmiendo?

D. Sis. Sí, durmiendo; soñando: una horrorosa pesadilla.

Ana. Soñaba usted?

D. Sis. Soñaba. Un millon de espectros coronaban mi lecho... mi lecho, que se compone de un catre de viento, y un jergon de paja de maiz. Sobre aquellos espectros se destacaba una sombra; esta sombra, quién creerá usted que era?

Ana. Ay! qué miedo!

D. Sis. Era la hambre. Yo no habia comido en dos das, mi madre tampoco.

Ana. Jesús!

D. Sis. El hambre—la sombra, se entiende—alargaba sus afiladas garras, y con sus negras uñas, con sus escuálidas manos, llegaba, queriendo apoderarse de mí. Yo primero sonreia de esperanza; me hacia la ilusion de que aquellos espectros me traerian de comer, pero los espectros por lo visto no comen. Convencido de ello, perdida toda esperanza, rechacé á la hambre, y en esta lucha se pasaron dos dias, pero la hambre mas poderosa que mi cuerpo, al fin logró vencerme, y me desmayé.

Ana. Y entonces?

D. Sis. Entonces, apareció usted, como un ángel que desciende del cielo, para consolar en su afliccion al desgraciado. Apareció usted, y desperté.

Ana. Vaya un sueño!

D. Sis. Sí, Anacleta; un sueño que parecia realidad.

Ana. Tranquilícese usted, vengo ahora de su casa: he hablado con su madre de usted.

D. Sis. Y tambien soñaba?

Ana. Qué, no. Está con mucho cuidado. Dice que hace dos dias que no vá usted por casa, y era tal su pena, que hecha un mar de lágrimas, esclamó:» dos dias sin comer por culpa de ese ingrato!

D. Sis. Eso dijo?

Ana. Pero yo la consolé.

D. Sis. Usted, Anacleta?

Ana. Toma, es claro. Le dije que los hombres se estravian fácilmente, y que usted estaria sin duda entregado á algunos amores.

D. Sis. Amores! Sí, para amores estoy yo.

Ana. Pero qué le pasa á usted? No tiene usted confianza en mí?

D. Sis. Qué si no tengo confianza! Y tanto, pero... ay!...

Ana. Suspira usted? Abrame usted su pecho; usted padece, y ya sabe usted que las penas se alivian comunicándolas.

D. Sis. Yo le comunicaría á usted... todas las mias. Pero no: no es posible. Usted es jóven, bonita, tiene dote, tiene pretendientes; de entre ellos preferirá á alguno...

Ana. No señor. Siga usted.

D. Sis. No puedo; estoy desmayado.

Ana. No desmaye usted, adelante.

D. Sis. Es imposible; yo no puedo competir con mi rival; acaso con dos, quizás con tres! Los negocios están malos; todo el mundo desconfia de la curia, desde que se establecieron los nuevos aranceles y la ley del papel sellado; y en fin, Anacleta, yo la amo á usted, pero no tengo fuerzas para amarla.

Ana. (Gracias á Dios.) Anímese usted; no pierda usted la esperanza. Si usted; me diera pruebas... y usted alimentára en su pecho...

D. Sis. Alimentar! Qué es alimentar? No conozco la palabra.

Ana. Quiero decir... si usted me amára de buena fé?

D. Sis. Que si la amo á usted!...

Ana. Bien; ahora vamos á lo que interesa.

D. Sis. Si, alimentar...

Ana. No se trata de eso. Mi padre me mandó buscar á usted. No sé qué consulta quiere hacerle.

D. Sis. Esto me reanima. Una consulta!

Ana. Sí; mire usted; él sale aquí, y mejor que yo...

ESCENA X.

Los mismos, y el tio Pepe.

Pepe. Gracias á Dios que le vemos á usted por aqui! Muchos negocios, eh?

D. Sis. Peh, regular.

Pepe. Mira, niña, sírvenos un par de vasitos de vino, y déjanos solos. (*Anacleta lo ejecuta.*)

ESCENA XI.

D. Sisebuto *y* tio Pepe.

Pepe. Pues señor, vamos al caso.

D. Sis. Al caso.

Pepe. Pero bebamos primero.

D. Sis. Sí, bebamos. (*se sientan, y beben.*) Esto me reanima. Asi se engaña.... (la hambre.)

Pepe. Cómo que se engaña?...

D. Sis. El tiempo, he querido decir.

Pepe. Ah pensé... Usted no se ofenda. Al hablar de engaño entre gente de pluma, se pone uno en guardia. Hay tantas preocupaciones con la gente de pluma!...

D. Sis. Tio Pepe, usted me falta.

Pepe. No, hombre. Yo tengo sobrada confianza en usted, y claro es, cuando no quiero dar un paso sin consultarle.

D. Sis. Al grano.

Pepe. Pues señor, usted sabe ya que el vecino de enfrente, ese demonio de genovés ó italiano, es el propietario de esta casa.

D. Sis. Lo sé.

Pepe. Que está enamorado de mi hija.

D. Sis. Lo sé.

Pepe. Y que, porque le niego su mano, se venga en lanzarme de la finca, á título de que piensa ocuparla con su fábrica de fideos.

D. Sis. Lo sé.

Pepe. A mí me parece que eso es una tiranía, y que no tiene derecho...

D. Sis. Páresc usted, tio Pepe. Hoy los propietarios tienen derecho á todo.

Pepe. Pero hombre, en pagándole al corriente...

D. Sis. Nada, tio Pepe. La propiedad es primero que todo. La ley asi lo manda.

Pepe. Ya! Pero eso no es justo.

D. Sis. Lo manda la ley.

Pepe. De modo que por la ley...

D. Sis. De modo que por la ley el propietario es una especie de tiranuelo, que tiene el derecho de todo: qué quiere decir de todo?

PEPE. Pero entonces, cuáles son los derechos del inquilino?
D. SIS. Pagar.
PEPE. Pues está bueno! De modo que si el italiano se empeña...
D. SIS. No tiene usted mas remedio que plantarse de patitas en la del rey.
PEPE. Pero hombre, en qué pais vivimos!
D. SIS. En España.
PEPE. Ya!
D. SIS. Pero vamos al caso.
PEPE. El caso es...
D. SIS. Que usted no quiere mudarse. No se mudará usted.
PEPE. Cómo! No ha dicho usted que la ley?...
D. SIS. Pues ahí verá usted.
PEPE. No lo entiendo.
D. SIS. Quiere decir, que quien hizo la ley...
PEPE. Ya caigo. Y habrá medio?...
D. SIS. Yo aguzaré mi ingenio.
PEPE. Y me quedaré?...
D. SIS. Se quedará usted.
PEPE. Qué talento!
D. SIS. Soy curial.
PEPE. Hoy me han traido esta papeleta, y debo asistir al Juzgado.
D. SIS. No asistirá usted.
PEPE. Pero, cómo?
D. SIS. Está usted malo.
PEPE. Pero si no me duele nada.
D. SIS. Haga usted que le duela. Nada, está usted malo. Empecemos por ganar tiempo. Yo avisaré al Juzgado la enfermedad de usted; y pediré en su nombre la próroga de la diligencia. Entre tanto, otorgará usted un poder á mi favor, para que á su tiempo yo sea el que me presente...
PEPE. Ay Don Sisebuto! Cuánto le agradezco este servicio!
D. SIS. Nada de agradecimiento. (Lo que quiero es que me lo pagues.)
PEPE. Por burlar á ese italiano daria yo...
D. SIS. Empiece usted por darme cinco duros para hacer otorgar el poder.
PEPE. Caramba! Cinco duros!
D. SIS. Se admira usted?
PEPE. Francamente, me parece...
D. SIS. Pues le parece á usted mal. Y si no, la prueba. Le sale á usted un hijo soldado, y para darle poder á otro, á fin de que vaya á servir por él, le exige á usted el gobierno ocho mil reales; quiere usted pleitear, y para dar poder á otro que pleitee por usted, solo le pide la curia cinco duros. Y vea usted, todavía dice el vulgo que la curia no tiene conciencia! Pues me parece que la comparacion...
PEPE. Me ha convencido usted.
D. SIS. Ya lo creo.
PEPE. Voy á darle ese pico.
D. SIS. (Loado sea Dios!)

(El tio Pepe abre el cajon del mostrador, cuenta algunas monedas que luego deja, sacando un billete de banco de cinco duros, que entrega á don Sisebuto.

PEPE. Tome usted.
D. SIS. Y esto qué es? (*examinando el billete.*)
PEPE. Cien reales.
D. SIS. Tio Pepe, usted se chancea.
PEPE. Cómo que me chanceo? Le doy á usted un billete del Banco. Mírelo usted; verde.
D. SIS. Pero tio Pepe, por Dios; pues entonces usted no sabe lo que hay.
PEPE. Yo? Aver; esplique usted.
D. SIS. Que esto... psh... nada... Que esto no anda.
PEPE. Yo bien sé que no anda, pero vale cien reales
D. SIS. Debiera valer; pero el debe, no es el haber. Esto nadie lo quiere.
PEPE. Pues hijo, por ahora no tengo otra cosa. Démelo usted; y quiere decir, que para mañana, que puede usted volver, yo le tendré plata.
D. SIS. (Ay Dios mio! mañana!) No, eso no, yo no puedo consentir que usted... yo buscaré cambio. Iré á un notario amigo, y lo tomará.
PEPE. Ea, lo dejo á usted. Tengo que hacer dentro. No descuide usted mi negocio.
D. SIS. Tranquilícese usted.
PEPE. Conque quedamos en que usted?... Qué talento tiene este muchacho. (*vase.*)

ESCENA XII.

D. SISEBUTO, *solo.*

Cien reales! Al fin voy á comer! Al fin puedo volver á mi casa, y llevarle algun socorro á mi madre. Solo la seguridad de que voy á comer, ha reanimado mi estómago. Sí, soy otro hombre. Cien reales! He aquí un caudal para mí. El notario me llevará barato, y yo podré comer un par de dias. Corramos.

ESCENA XIII.

ANACLETA, *despues* PRIMITIVO.

ANA. Se fué? Cuánto le quiero! Pero válgame Dios! Qué carácter tan tímido. Por mas que le instaba para que se declarase, nada. Por fin, se decidió! Ay, qué peso se me ha quitado de encima! Ya puedo estar tranquila. Ahora esperimento su amor, y si es tan sincero como el que yo le profeso, se lo declaro á mi padre, y nos casamos.
PRI. Anacleta, está usted sola?
ANA. (Otra vez!) No señor.
PRI. Cáspita! Pues yo no veo á nadie.
ANA. Es que está mi padre dentro, y puede salir; y ya usted vé, si vuelve á vernos juntos...
PRI. He venido para que me cumpla usted su palabra.
ANA. Qué palabra?
PRI. Anacleta, usted se burla de mí? Hace un momento me prometió usted...
ANA. Yo no he prometido nada.
PRI. Ahora salimos con eso? Usted me dió esperanzas.
ANA. Pues ya puede usted irlas perdiendo, porque francamente, yo amo á otro.
PRI. Qué usted ama á otro?
ANA. Si señor; hace pocos instantes que se me ha declarado, y yo he correspondido á su pretension.
PRI. Eso quiere decir, que usted se ha propuesto que desespere, que yo haga una que sea sonada. Pues bueno, señora; usted acaba de dictar mi sentencia, y mi sentencia es de muerte. Habrá sangre.
ANA. Pero esto es atroz! Lo he de querer á usted á la fuerza?
PRI. Pues qué, de esa modo, señora, se juega impunemente con la abrasadora pasion de un oficial de sastre?
ANA. Ay! váyase usted; yo creo que viene alguien. Si nos encuentra juntos mi amante...
PRI. Eso quiero yo; que nos encuentre.

ANA. Usted es un infame.
PRI. Y usted una pérfida.
ANA. El es: yo me escapo. (*vase.*)
PRI. Anacleta. Y se vá! No, pues lo que es yo, no salgo. Aquí me agachapo. (*se oculta tras de una mesa.*)

ESCENA XIV.

PRIMITIVO *y* DON SISEBUTO.

D. SIS. Uf, af, of! He corrido todo el pueblo. Nada, no hay quien quiera esto; (*por el billete.*) y entretanto yo sin comer, mi madre sin comer. Esto clama al cielo! Pobre estómago mio! Pero señor, es posible que se tolere esto en este país civilizado? Es posible que se autorice que uno tenga dinero, y sin embargo, se muera de hambre? Estoy desesperado, Ah! qué idea! Sí, ese cajon... (*por el del mostrador.*) Ahí debe haber dinero. Un robo! Oh! nunca... Pero y mi estómago? Sí; yo no necesito mas que dos pesetas; con dos pesetas me armo; una para mí y otra para mi madre. Estoy decidido; ahora nadie me vé... Cuando encuentre cambio de este mugriento papel, buscaré la ocasion para restituir lo que ahora tome. En qué me detengo? (*abre el cajon y examina.*)
PRI. (Demonio! Qué vá á hacer?)
D. SIS. Ah! sí: aquí están. (*toma dos pesetas.*)
PRI. (Anda con el cajon; toma dinero; es un ladron!)
D. SIS. Oh! corro á comer, á llevarle de comer á mi madre. (*vase.*)
PRI. Yo me escapo tras él. Si esto se descubre, y se enteran de que yo he estado aquí escondido... No, pues el muchacho promete... Y es que yo... si; me dan ganas tambien... Ya se vé; no tengo un cuarto... y es tan fácil... si me atreviera... Pero ya sé; yo esplotaré á ese hombre y tendré dinero con menos riesgo que él. (*vase.*)

ESCENA XV.

EL TIO PEPE.

Con tal que yo pueda burlarme de ese italiano, que se ha empeñado en echarme de la casa! Por supuesto, que bien mirado, no sé porque me empeño tanto en quedarme aquí; para el negocio que se hace!... En fin; cómo ha de ser! Tiempos traen tiempos. Vamos á recojer los cuartos de la venta de hoy, para ir amortizando. Amortizando. Luego viene el trimestre y abur. (*abre el cajon y cuenta el dinero.*) Ocho, diez y seis, veinte, veinte y cuatro... Qué es esto? Aquí falta dinero! Es claro. Cuando fuí á darle los cien reales á don Sisebuto, conté treinta y dos reales en pesetas, y ahora... Niña, Anacleta?

ESCENA XVI.

El mismo y ANACLETA.

ANA. Llama usted?
PEPE. Sí, ven, ven. Tú has tomado algun dinero del cajon?
ANA. Yo?..
PEPE. Dí la verdad, muchacha.
ANA. Usted cree que yo...
PEPE. Pues señor, ha sido un ladron. Me faltan dos pesetas.
ANA. Quizás usted...
PEPE. Niña, yo nunca me equivoco; los taberneros no se equivocan nunca! Esto es que aquí han metido cinco para sacar siete. No, pues juro por quien soy que como yo coja al ratero... Yo estaré en acecho, y si le descubro... Sobre todo, tú, silencio. Márchate.
ANA. Pero...
PEPE. Que te marches, digo.
ANA. No, pues yo voy á estar al cuidado. (*Se oculta en la primera puerta derecha.*)
PEPE. Dejaré otra vez el dinero en el cajon y... no se me escapará. (*Guarda el dinero en el cajon.*) Ya está. Ahora acecho trás esta puerta, y si le echo mano... (*se oculta puerta izquierda.*)

ESCENA XVII.

Los mismos, ocultos. PRIMITIVO.

PRI. No hay nadie. Es necesario obrar con cautela. Los manejos de ese jóven han sido una inspiracion para mí. Esto es hecho; espero á ese quidam. Me descubro á él; le hago entender que lo he sorprendido infraganti, le garantizo que no le descubriré á trueque de que obremos de cuenta y mitad, y así, sin responsabilidad alguna... Creo que siento pasos. Aquí me escondo y observo. (*se oculta puerta izquierda, segundo término.*)

ESCENA XVIII.

Los mismos y D. SISEBUTO.

SIS. Uf! cuanto he corrido para llegar pronto. Al fin puedo tranquilizarme. He comido; soy otro hombre, porque tras de haber comido, he encontrado cambio del dichoso billete de Banco; merced á la concienzuda usura de un tres por ciento. Tres reales! Treinta hubiera dado yo por restituir al tio Pepe las dos pesetas! No perdamos tiempo.

(Abre sigilosamente el cajon del mostrador, y deposita en él las dos pesetas, En el momento de cerrarlo, se le arrojan encima el tio Pepe, que lo sujeta por el cuello, y le trae con violencia hácia el proscenio. Anacleta y Primitivo acuden tambien.)

PEPE. Oh! infame!
ANA. Desgraciado!
PRI. Cayó en el garlito. } (*á la vez.*)
PEPE No te escaparás. Ladrones! ladrones! (*gritando.*)
D. SIS. (Troné.)
(*Queda en primer término en una actitud inmóvil.) La entrada de los personajes siguientes, debe ser precipitada y á tiempo.*)

ESCENA XIX.

Los mismos, ZANGANELLI *y vecinos.*

ZAN. Per Baco! Latrones!
D. SIS. (La astucia me salve.)
(*Desde este momento comenzará á hacer gestos y á dar á entender á los circunstantes una enagenacion mental.*)
ANA. Ay! que le vá á dar algo!

(D. Sisebuto prorumpe en una convulsiva carcajada, modulándola segun el diálogo. Desde este instante queda al arbitrio del actor las gesticulaciones y demas movimientos convulsivos, aunque observando cuanto marque la letra.)

PRI. Dios mio! Qué le dá á este hombre?
PEPE. Que se vá á caer; sujetarlo.
(*Lo sujetan hasta que se deja caer en una silla.*)
ZAN. Oh! estar borracho!

PEPE. Hombre, qué borracho ni qué calabazas! No vé usted que eso es un accidente?
ANA. Un poco de agua.
D. SIS. (Mejor fuera de vino.)
PEPE. Que avisen al maestro albéitar de la esquina. (*se va un vecino.*)
ANA. Pobrecito! Le repite el mal.
ZAN. Perro esprique osté, signor Jusepe.
PEPE. Qué tiene esto que esplicar? Que me robó dos pesetas, y que lo he cogido en el garlito.
ZAN. Chelo santo! E per duas pechetas...
PEPE. Toma! Y tambien por dos cuartos! Buenos están los tiempos!
PRI. Callarse. Parece que quiere hablar.
D. SIS. Dos pe...se...tas!
PEPE. Ya vé usted? El mismo se acusa. Es claro, si no marra la cuenta. Yo tenia en el cajon treinta y dos reales, fuí á contar, y solo encontré veinte y cuatro. Ahora verá usted... digo, si es que esta vez no atrapó algo mas. (*Va al cajon, lo abre, cuenta el dinero.*) Demonio! Doce, veinte y cuatro treinta y dos... Pero señor, qué viene á ser esto, Si está completo!
ANA. Vé usted, papá.
ZAN. Bá, bá, bá qué escándalo per duas pechetas!
PEPE. Esto es para volverse loco!
PRI. Ya está aqui el Albéitar.

ESCENA ULTIMA.

Los dichos y el ALBÉITAR.

ALB. Qué se ofrece, señores? Qué pasa?
PEPE. Una catástrofe, maestro. Vea usted.
ALB. Qué le ha dado á ese hombre? Calla! Pues si es el tuno de don Sisebuto!
D. SIS. (Aguanta el mirlo, perillan.) (*bajo al Albéitar.*)
ALB. (Qué quiere decir...)
D. SIS. (Luego hablaremos.) (*idem.*)
ANA. Qué dice?
ALB. No, nada, desvaría.
PEPE. A ver...
D. SIS. Dos pe...se...tas,
PEPE. Qué le parece á usted, maestro?
ALB. Que esto no es nada. Pronto pasará. Una convulsion... los nervios...
PEPE. Ya, pero con síntomas...
ALB. No señor, todas las bestias padecen esto, y se curan pronto.
D. SIS. (Ah! tuno!)
ALB. Con solo una aplicacion de aguardiente...
PEPE. Entonces...
ALB. Sí, venga aguardiente...
PEPE. Aquí está ya.
D. SIS Berrrrerr... (*bebiendo.*)
(*Prorumpe de nuevo en una burlesca carcajada, y luego queda inmóvil, haciendo que vuelve en sí paulatinamente.*)
ALB. Ahora, silencio.
PEPE. Observemos.
ZAN. Qui escandalo per duas pechetas!
D. SIS. Dóndè estoy? (*echando un brazo sobre Anacleta.*)
ZAN. Per Cristo qui no entendo la sua locura!
D. SIS. Qué es esto?
PEPE. (Qué le digo?) Perdone usted, Don Sisebuto. Un mal pensamiento! Habia contado mal él...
D. SIS. Oh! Calle usted...
PRI. (Pero señor, y lo que yo he visto?)
PEPE. (No: y la verdad es... pero qué! si el dinero está completo.)
ZAN. Qui escandálo per duas pechetas!..
PEPE. He sido un bárbaro, lo confieso; pero si en algo puedo recompensarle el mal rato, pida usted...
ANA. (Ahora es la ocasion.) (*á Sisebuto.*)
D. SIS. Pues tio Pepe, ya que usted lo quiere, le pido...
PEPE. Hable usted.
D. SIS. La mano de Anacleta.
PRI. Demonio!
ZAN. Carrambo!
PEPE. Es tu voluntad? (*á Anacleta.*)
ANA. Si señor, nos amamos.
PEPE. Pues hijos, Dios os haga bien casados.
PRI. (Estaba por declarar!.. Pero, no, callemos. Así como así, este lance me ha evitado...)
PEPE. Conque señores, esto se acabó; muchas gracias y perdonen ustedes.
D. SIS. Una recomendacion (*al público.*)

Primero que concluir,
me es forzoso transmitir...
(*Mirando arriba.*)
Sujetad ese telon.
Un autor poco avezado
en esto de parodiar,
tuvo el sino de encontrar
un dia á un beneficiado.
Este le dijo:—Que haré,
pues llega mi beneficio,
para no tener perjuicio?—
Y el autor dijo:—Haga usted
una obra muy sonada
que al público cause alhago.—
—Pero cuál hago? Cuál hago?
—Haga usted *La Carcajada*.—
El beneficiado esclama!
—Eso no lo hace cualquiera,
solo si usted lo escribiera,
ejecutaria ese drama.—
El autor mozo de genio
siguiendo al actor la broma,
entonces la pluma toma,
y aguzando el pobre ingenio,
en una larga velada
por complacer al actor,
escribió, que fué valor,
esta nueva *Carcajada*;
mas me encargó muy formal
que cuando se ejecutára,
asi lo manifestára,
y yo cumplo puntual.
Ahora bien, si no ha gustado,
si no merece loor,
no echeis la culpa al autor,
echadla al beneficiado.

FIN.

PINTO:
Imprenta de G. Alhambra, Monjas 8.
—
1865.